

# ¿QUE DICE EL PADRE GRACIAN DE LA REINA ISABEL?

Vamos a recorrer el camino real más luminoso de la historia de España, camino que deslumbra y asombra por cualquiera de las tres dimensiones que se le recorra o contemple — a lo ancho conquistas; a lo largo, descubrimientos; lo alto, victorias —; y todo él tendido por toda la tierra en una continuada apoteosis de yugos o arcos triunfales, sobre cuyos laudes, para eternizar a una reina — ¿quereis castellana? ¿quereis española? — parece escribir el sol con plumas que parecen flechas y flechas que parecen plumas, al vuelo de un águila, la más rotunda afirmación de Séneca a su amado Lucilio, el mejor de los hombres: «No nací para un rincón, mi patria es el universo». Camino es éste por el que, andando Castilla, aspiró siempre a ser Imperio; aquel luminoso camino que, partiendo de Madrigal de las Altas Torres — su aurora, — y pasando por América — su cenit —, vuelve al Castillo de la Mota — su ocaso —, no para morir ahito de inmensidad, sino para ganar altura anheloso de gloria, porque es camino que no muere, ni se acaba, ni termina, ni concluye — camino de cristiandad —, el camino de Isabel de Castilla, de Isabel de España, de la grande, de la santa, de la católica y universal Isabel. ¿Quién no espolea, quién no suspira ya por recorrerle?

Pero antes de dar el primer paso, previamente advertidos los que, respondiendo a la invitación de la Institución Fernán González, habeis aceptado este día ser mis compañeros de viaje, menester es disipar el recelo o la desconfianza que en alguno causar pudiera la presencia de Baltasar Gracián, como guía. Verdad es que nos hallamos ante un hombre zahorí, que cala muy hondo en intimidades, reconditeces y secretos; que lee y escribe, a toda plana, en la sicología individual y colectiva con portentosa facilidad y dominio; que suelta al voleo agudezas y donaires que unas veces concitan a la risa y otras al llanto, cuando no a la indignación y al desprecio; que sirve con abundancia a los que con él se sienten a la mesa — paladares fuertes — en muy sabrosas palabras

muy amargas verdades; pero ni esto es causa de recelo, ni lo será de desconfianza el que nos guíe un aragonés, que lo es y muy macizo Baltasar Gracián, el mayor panegirista del Católico Rey Don Fernando. No más inquiera el curioso rebuscador de intenciones, cuando ésta se le ofrece en puro cristal y por tanto diáfana y trasparente a cualquiera luz, no sea que el curioso tope con EL DISCRETO del propio Gracián, si ya no le sale al camino, dialogando con el Doctor Juan Francisco Andrés y entre los dos advirtiéndole, como quien nada dice y en mucho a muchos alecciona, que «al buen entendedor pocas palabras o a pocas palabras buen entendedor», ya que «las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir», para que las reciba el advertido «a todo entender». Y esto supuesto, echemos a andar.

Pocos son, por desgracia, los lectores del Padre Gracián. No a la lectura, sino a la meditación invitan sus libros, de modo, que se le caerán de las manos al lector superficial y ligero, pero no sabrá dejarlos, una vez cogidos, el que se adentre con espíritu de observación y tiento por la intrincada selva de su hermética prosa. De Gracián dice Menéndez Pelayo, al juzgarle literariamente, que «pudo no tener gusto, pero que derrochó un caudal de ingenio como para ciento.» Y de su tan celebrado EL CRITICON se complace en manifestar Luis Nueda ser «uno de los libros que yo elegiría si tuviera que seleccionar media docena para acompañarme a perpetuidad en una isla desierta». Y en verdad, que bien vale este libro la pena de desterrarse a menudo voluntariamente, lejos del mundanal ruido, siguiendo la escondida senda de Fray Luis.

Y ¿quién no tiene sus destierros, voluntarios o forzosos, en la vida? A los míos viene con frecuencia a visitarme el Padre Gracián, que nunca llega solo, sino acompañado de sus espirituales hijos Andrenio y Critilo, a la manera que Cervantes se acompaña de Don Quijote y Sancho, aquéllos en busca de Felisinda y éstos en busca de Dulcinea del Toboso. Las plumas de Gracián y Cervantes son como varitas mágicas que obran a maravilla el cambio o trastrueque del amigo por el libro y de la conversación por la lectura. Digo, pues, que todos los años dedico algunos de mis ocios a la lectura del Padre Gracián.

Y en este año, conmemorativo del nacimiento de Isabel la Católica, dióme por entresacar los juicios, anécdotas y curiosidades que el famoso aragonés hiciera de la más famosa de las reinas de España. Causóme extrañeza, por una parte, que entre la pléyade de personajes — cerca de mil seiscientos — que desfilan por las páginas de sus Obras Completas, no aparezca uno solo de los cronistas de la reina Isabel. Mas, por otra parte, paréceme adivinar que Gracián conocía las cróni-

cas hasta en los detalles menudos. ¿A qué achacar este silencio? No nos preocupe lo que no tiene importancia. Ello es que metido un buen día en los PRIMORES DEL HEROE, salióme al paso el Primor II, en que se dicta «recato a los términos de la capacidad» y se encarga «disimulo a los ímpetus del efecto», ya que «si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacramentar una voluntad será soberanía».

Fueran bastantes estas palabras, al parecer oscuras, pera descubrir el alcance y significación de este Primor en los príncipes; pero como si alguien le pidiera de antemano a Gracián una explicación, prosigue diciendo que «arguye eminencia de caudal penetrar toda la voluntad ajena y concluye superioridad saber celar la propia». No se satisface aun con lo dicho y a renglón seguido escribe: «Lo mismo es descubrirle a un varón un afecto que abrirle un portillo a la fortaleza del caudal, pues por allí maquinan políticamente los atentos y las más veces asaltan con triunfo».

¿En qué príncipe, en qué héroe piensa concretamente Gracián al bordar este Primor? No ciertamente en Alejandro el Magno, a quien niega esta eminencia o soberanía, por asombrar «lo ilustre de sus proezas con lo vulgar de sus furores, y desmentirse a sí mismo, tantas veces triunfante, con rendirse a la avilantez del afecto». ¿Acaso en Tiberio o en Luis XI de Francia, de quienes Tácito y Comines «encarecen la disimulación y exageran el artificio»? ¿Acaso en Don Fernando el Católico, que, a juicio de nuestro guía «gobernó siempre a la ocasión», «jugó de maña» e «hizo las guerras con pólvora sorda»? ¿En quién piensa Gracián?

«Aquella católica amazona — responde —, desde quien España no tuvo que envidiar las Cenobias, Tomiris v Pantasileas, pudo ser oráculo de estas sutilezas. Encerrábase a parir en el retrete más oscuro y, celandó el connatural decoro, la innata majestad echaba un sello a los suspiros de su real pecho, sin que se le oyese un ay, y un velo de tinieblas a los desmanes del semblante. Pero quien así menudeaba en tan excusables achaques del recato, ¡cuánto que brujulearía en los del crédito!»

La pluma de Gracián es aquí cincel que esculpe a golpes, con seguridad y precisión, sobre el oro de la página esta cualidad, quizá la más vigorosa y permanente de nuestra reina, que hace resaltar Mercedes Gaibrois de Ballesteros, cuando en su artículo «ALGUNOS RASGOS DE LA REINA ISABEL» escribe: «Hasta en sus últimos momentos, flaca la naturaleza moribunda, entero y fuerte el espíritu, tuvo energías para exigir que, al darle la Extremaunción, lo hicieran bajo las sábanas, pues su pudor no cedía a enseñar los pies desnudos». Rasgo

es éste que recogen todos los cronistas de la época, presentes a la muerte de Isabel en el Castillo de la Mota y que consideran imprescindible para la etopeya isabelina sus más modernos y recientes apologistas, como César Silió y William Thomas Walsh.

Hasta el Primor Ultimo o Corona del Héroe no vuelve Gracián a recordar el nombre de Isabel, aunque todos los veinte Primores pudieran a maravilla aureolar su gloria: corazón de rey, gusto relevante, eminencia en lo mejor, excelencia de primero, empeños plausibles, gracia, despejo, natural imperio y simpatía sublime. Para ella y para su esposo, el rey Don Fernando, reserva Gracián «la mejor joya de la corona y fenix de las prendas de un héroe». Según él, «todo héroe participó tanto de felicidad y de grandeza cuanto de virtud, porque corren paralelas desde el nacer al morir». Vale decir, sin embargo, que la virtud, de que siempre se acompañó la católica reina, sufrió más de una vez los desvíos del católico rey, si bien es de justicia consignar que la fe de ambos, centinelas en la vanguardia de la cristiandad, fué el punto de apoyo de su triunfal reconquista y el descubrimiento del Nuevo Mundo, allende los mares. Cuando Gracián dice del Rey: «Conquistó reinos para Dios, coronas para tronos de su cruz, provincias para campos de la fe, y al fin, él fué el que supo juntar la tierra con el cielo», por fuerza se han de conjugar en plural los verbos, para que el elogio sea plenamente exacto. Porque si, al paso de Isabel, anduviéramos en busca de pormenores de piedad y de religión, habríamos de llenar algunas páginas y aun libros. A todas sus resoluciones precedía siempre su plegaria y las de religiosos y religiosas que a Dios pedían por ella en los monasterios. Así en las vísperas de su matrimonio. Así en Tordesillas, cuando va procesionalmente, descalzados los pies, hasta San Pablo. Así en Sevilla, cuando presenta ante la Virgen al recién nacido infante don Juan. Así en la toma de Málaga, cuando «la reina e las infantas, con sus dueñas e damas, e toda la compañía real, hincadas las rodillas en tierra, presentaron a Dios Nuestro Señor e a la Virgen Santa María gloriosísima muchas oraciones y alabanzas, y al apóstol Santiago». A este respecto, nuestro guía es categórico y exacto. Oigámosle: «Los dos Reyes Católicos, Fernando e Isabel, fueron el non plus ultra, digo columnas de la fe».

Lástima que no vayan de la mano y a la par, como en todas sus empresas, Fernando e Isabel en EL POLITICO de Gracián. No lo quiso el escritor, llevado sin duda de aquel su regionalismo proverbial, que le hacía mirar y ver las cosas de Aragón como superiores e incomparables. Parece Gracián, al comenzar este libro, no el escritor que maneja la pluma, sino el caballero que blande la espada y arremete intré-

pido contra la muchedumbre adversa, pidiendo plaza y paso, con gesto marcial de reto y desafío, en favor de su rey. «Opongo—grita—un rey a todos los pasados; propongo un rey a todos los venideros; Don Fernando el Católico, aquel gran maestro del arte de reinar, el oráculo mayor de la razón de Estado». Cede luego y, como bajando un poquito, muy poquito, la voz exclama: «Será éste no tanto cuerpo de su historia cuanto alma de su política no narración de sus hazañas, discurso sí de sus aciertos, crisis de muchos reyes, que no panegiris de uno solo».

Duelese Gracián de que exageren en Fernando «algunos ligeros achaques los extranjeros, como interesados, y como si en él fueran culpables... Si faltó — añade — no fué por faltar, sino por contemporizar, efectos de la ocasión, no del vicio; llevábalos el tiempo. Arguye contradicción que los extranjeros le atribuyan todo lo malo y los españoles le nieguen todo lo bueno; aquellos le acumulan las culpas, éstos le usurpan los aciertos». Pero, ya de antemano y al protestar que no aienta su pluma el favonio de la lisonja, pues nunca ésta buscó tan remotos los asuntos, excusa su osadía, y aun la solicita, «la suerte de hallarse — dice — con muchas noticias eternizadas por la propia real católica mano; deformes caracteres, pero informados de mucho espíritu».

Parece ser que no todas estas noticias y caracteres se refieren al rey Don Fernando, a quien venían «estrechos sus hereditarios reinos de Aragón para sus dilatados deseos; y así anheló siempre a la grandeza y anchura de Castilla y de allí a la monarquía de toda España y aun a la universal de entrambos mundos». Noticias tiene Gracián de «la plausible manga de terciopelo del rey y del jubón de raso de su católica reina». Pero de esto trataremos más adelante, cuando otra de sus citas nos declare más al pormenor los vestidos y las galas, si lo eran, de la reina Isabel.

Hagamos por ahora hincapié en aquella confesión de Gracián, que vale por todo un panegírico isabelino. «Pero lo que más le ayudó a Fernando—escribe—para ser un príncipe consumado de felicidad y de valor fueron las esclarecidas y heroicas prendas de la nunca bastantemente alabada Doña Isabel, princesa que, siendo mujer, excedió los límites del varón». No apuremos la hermenéutica, creyendo ver en la frase «excedió los límites del varón», una concesión comparativa de superioridad en favor de Isabel. No hallareis nunca el ánimo de Gracián dispuesto a tales concesiones. Verdad es que su preocupación española — no dice Gracián, aunque todavía puede, a su rey lo que Don Francisco de Quevedo y Villegas al tercero de los Felipes: «Vuestra Majestad es el ma-

yor hijo de la Iglesia romana... La monarquía de vuestra majestad ni el día ni la noche la limitan: el sol se pone viéndola y viéndola, nace en el el Nuevo Mundo —; verdad es, digo, que su preocupación española le hace apartar repetidas veces los ojos de la monarquía de Felipe IV — tratados de Westfalia y Munster, derrota de las Dunas, pérdida de Jamaica y Paz de los Pirineos —, para añorar el reinado de los Reyes Católicos; pero nunca en sus añoranzas pronuncian sus labios el nombre de Isabel. «Llegó — escribe — el encarecimiento de un gran político a decir que el remedio de esta monarquía, si acaso declinase, no era otro sino que resucitase el Rey Católico y volviese a restaurarla». A Menéndez Pidal la imparcialidad de los hechos en el relieve histórico de los siglos le confirma que «en aquel matrimonio, Isabel y Castilla eran más fuertes que Fernando y Aragón. Bien decía Julián de Médicis, el Magnífico, que el talento de Isabel y la reputación que de ella recibió el rey Don Fernando fueron para éste dote no menor que el reino de Castilla». La frase de Gracián resalta y sintetiza lo que los contemporáneos como el veneciano Andrés Navagiero percibieron claramente, al reconocer en ella «ingenio singular, ánimo viril y valor rarísimo en hombre cuanto más en mujer», es decir... percibieron claramente que a su condición de mujer unía unas cualidades de varón extraordinario.

Feminidad y virilidad contrapesadas naturalmente, espontáneamente, sin violencia alguna, fueron sus prendas esclarecidas y heroicas. Acerca de su feminidad Jane Dieulafoy en su libro «ISABELLE LA GRANDE», consultando los retratos pintados o modelados que tenemos de ella, «retratos de todas las edades y, en general, mediocres, pero que muestran analogías que les dan autenticidad, hay que convenir — escribe — en que, a pesar de los ojos ligeramente *brides* y de la sex-excesiva robustez de la parte inferior de su cuerpo, debía ser graciosa y ductora. Tan seductora, tan femenina, que, cuando en una mañana de sol y de júbilo se presenta delante de las murallas de Baza, el caudillo moro que la defiende, Cid y Haya, se asoma a las almenas, la ve y ya todo es verla y vestirse de gala y espolear el caballo — la seducción le espoleaba a él — y hacerle caracolear y ponerse de rodillas delante de la reina. Tan graciosa, que «en hermosura — escribe Fernández de Oviedo en sus QUINCUAGESIMAS — puestas delante de su Alteza todas las mujeres, ninguna vi tan graciosa ni tanto de ver como su persona».

Pero volvamos a Jane Dieulafoy, que sigue diciendo: «Además, como les ocurre a las rubias de tinte delicado, debía emanar de su rostro ese halo de belleza que los más hábiles pinceles son incapaces de copiar». A lo que Gregorio Marañón en su ESTUDIO BIOLOGICO DE ENRIQUE IV DE CASTILLA Y SU TIEMPO, saliendo al paso

de algunos partidarios de Isabel, que protestan de aquella atribución de virilidad y reclaman para ella una feminidad absoluta y arquetipa, añade: «Esta morfología tan puramente femenina albergaba sin duda, un espíritu de recia contextura viril. Su respuesta a los nobles que la ofrecieron la corona, a la muerte de su hermano Don Alfonso, no indica solo una rectitud de conciencia poco común, sobre todo entre reyes, sino también un ánimo fuerte, impropio de una muchacha de dieciséis años. De igual energía viril hizo alarde en todo el dramático capítulo de sus bodas. Y siendo ya reina, su actuación llena de reflexión y su actitud enérgica y aguda frente a las decisiones graves, tiene un sello masculino que sus contemporáneos percibieron bien». Lo que confirma con textos de Palencia y Nicolás Von Popplan, de la Colección de Liskie, sin olvidar los celos de la reina, que indican, según el ilustre médico, «un ansia de dominación de carácter viriloide». También Gracián, al cotejar en la voluntad de un príncipe el intenso amor de una esposa con el reverencial de una madre, dice «que, ordinariamente, las muy varoniles reinas fueron muy prudentes». No en balde afirma Pulgar que todos los consejeros del rey «conocían della ser mujer de gran ánimo».

Mucho ha dicho Gracián en muy pocas palabras. Pero antes de concluir EL POLITICO, aun moja su pluma en fervor netamente isabelino, para redondear y dar el último toque a la figura de Don Fernando y a renglón seguido de afirmar que «en España han pasado siempre plaza de varones las varoniles hembras», para que el pensamiento del lector, ante posibles desvíos se centre en la hembra varonil española por el implícitamente aludida... «Fuera rara — escribe — y singular entre todas la Católica reina Doña Isabel, de tan grande capacidad, que, al lado de tan grande rey, pudo no solo darse a conocer, pero lucir. Cada uno de los dos era para hacer un siglo de oro y un reinado felicísimo, cuanto más entrambos juntos».

«Fuera rara y singular...» De la singularidad de Isabel trataremos más tarde, a propósito de otra frase del mismo Gracián. «Pudo no solo darse a conocer, pero lucir». Pensemos con Palacio Valdés que la claridad del rey Don Fernando, como la de la luna, venía del sol que tenía cerca. «Cada uno de los dos... entrambos juntos...» Verdaderamente, que entrambos juntos desmintieron el sueño de alcanzar la luna con la mano, cuando hicieron realidad alcanzar la gema del sol y engazarla en la corona de la España unida y en orden.

¡Cuánto debió de maravillar en su tiempo esta concordia de voluntades en los dos soberanos! Fernando del Pulgar, en carta dirigida al canónigo de Sevilla, Pedro de Toledo, le dice: «Demos gracias a Dios

que tenemos un rey e una reina, que no queráis saber de ellos, sino que ambos ni cada uno por si no tienen privado, que es la cosa e aun la causa de la desobediencia y escándalo en los reinos. El privado del rey sabed que es la reina y el privado de la reina sabed que es el rey.» Parecido escribe Marineo Sículo: «Fué dichosa (Isabel) en haber tenido tal marido. Fué don Fernando dichosísimo en haberle dado Dios por mujer la más excelente reina que han conocido los siglos». Y de Bernaldez, el Cura de los Palacios, es este aserto: «Nunca ovo en su corte en quien pusiese el amor, sino ella del rey y el rey della».

No en EL DISCRETO, no en el ORACULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA aparecen alusiones concretas a la reina Isabel, pero hay en AGUDEZA y en EL CRITICON algunas, que si no de tanta monta como las reseñadas, bien merecen entresacarse, para pormenorizar con ellas detalles íntimos y familiares, que tal vez nos lleven con mayor seguridad y confianza al conocimiento de la que según Marañón, «nació tocada por el dedo de Dios» y que «por uno de esos trastrueques tan frecuentes en el misterio de la herencia, recayó en ella, mujer, todo el aliento viril que faltó a su mísero hermano don Enrique».

En la crisis X de la Primera Parte de EL CRITICON, a la vista de un cruel salteador «que mira atravesado, que así tiene el alma», pone Gracián en boca de Critilo estas sospechas: «Todo se puede creer de un mirar equivoco, pero más temo yo de aquel tuerto, que nunca suelen hacer éstos cosas a derechas, a juicio de la Reina Católica, y era grande». Aparte de lo anecdótico de la cita, la afirmación de Gracián sobre el grande juicio de la reina Isabel concuerda con la opinión unánime de todos los historiadores y cronistas que dotan a la reina del más preciado don a los gobernantes, cual es el de conocer a los hombres y rodearse de los mejores, «saber empeñar los dependientes», que dice Gracián, y «cuya lección—añade—supo con eminencia la Católica Reina», no para medrar a su costa, no para sacrificarlos, pagando después con un elogio póstumo sus sacrificios, sino para favorecer y estimular en vida sus virtudes, que es medicina maravillosa para sanar los defectos y descubrir el valor. Colón y el Gran Capitán y Cisneros son figuras imprescindibles al lado de Isabel.

Ni faltan entre las frases de la Reina donosos reproches y graciosas humoradas. Al renunciar Fray Hernando de Talavera a la mitra salmantina, le dijo entre risueña y grave: —Pero ¿es posible que no avéis de querer obedecerme un día de tantos en que yo os obedezco?—Su contador Juan López no quiso aceptar la encomienda mayor que le ofrecía para premiar sus buenos servicios, lo que hizo exclamar la reina:—De veras no se que daros, sino sana como Job a su mujer.—En otra ocasión



dió seguro al señor de Toral contra Don Fadrique, hijo del almirante, tío del rey, con quien aquel estaba enemistado. Pero los criados de Don Fadrique apalearon al de Toral. Y la reina, debido a la caminata desde Valladolid a Simancas, por perseguir a los culpables en la persona del almirante y de su hijo, hubo de guardar cama y contestar a los que inquirían la causa de su dolencia:—Duéleme este cuerpo de los palos que dió ayer Don Fadrique contra mi seguro.

Al tratar en AGUDEZA de los ingeniosos equívocos, cuenta Gracián: «Paseando un día los dos católicos consortes por un camino, que estaba lleno de malvas a un lado y otro, iba comunicándole un negocio muy grave el rey Don Fernando a su prudente Isabel, y declarándole su intento, dijo la reina: «Señor, si el camino por donde vamos os hubiera de responder ¿qué dijera? Dióse por entendido el discreto monarca y celebró la de su gran consorte». De su ingenio para los apodosos recuerda Gracián en el Discurso XLVIII que «a la hermosura apodó la reina Isabel carta de recomendación y a la almohada sibila muda». ¿Quién no recuerda aquellos otros apodosos tantas veces repetidos en la corte «mi suegra», «mi ángel», «mi loco»? Nada digamos de aquella su original expresión «tener buen gusto», suya y ya tan universal como su nombre y su reinado, en la que, como tan acertadamente escribe Menéndez Pidal, «vemos lanzada por primera vez en nuestro idioma esa traslación del sentido corporal, para indicar la no aprendida facultad selectiva que sabe atinar, lo mismo en el hacer que en el decir, con los modales más agradables, los que más dulzor y grato paladeo dejan de sí».

Otra vez en la Crisis citada del CRITICON, titulada *El mal paso del salteo*, la pluma de Gracián escribe el nombre de la reina, cuando discutiendo mucho Andrenio y Critilo dónde irían a parar, y consultando Artemia con sus sabios, resuelta de no entrar más en villa alguna, entre todas las poblaciones de España, «al fin fué preferida la imperial Toledo, a voto de la Católica Reina, cuando decía que nunca se hallaba necia sino en esta oficina de personas, taller de la discreción, escuela del bien hablar, toda corte, ciudad toda». Melchor de Santa Cruz en su FLORESTA (VI, 2) recoge la frase que le sirve a Gracián para exhumar sin citarle, el *Diálogo sobre las fiebres interpoladas* del Doctor leonés Francisco López de Villalobos, en que se dice que los toledanos «presumen que su habla es el dechado de Castilla», no obstante el empleo de palabras moriscas, «con que ensucian y ofuscan la pulideza y claridad de la lengua castellana».

Ya el socarrón de Sancho, «prevaricador del buen lenguaje», responde o Don Quijote de la Mancha, «friscal de sus dichos, y aun de

sus hechos», que «no hay para que obligar al sayagués a que hable como el toledano». Rodríguez Marín afirma, comentando esta frase, que se ha incurrido en exageración al encarecer el fino y correcto decir de los de Toledo, pues «el principal fundamento de autoridad que había para poner en las nubes la excelencia del hablar toledano, esto es, la ley en que el rey Don Alfonso el Sabio ordenó que «si hubiese diferencia en el entendimiento de algún vocablo castellano, recurriesen a Toledo como a metro de la lengua castellana, por tener en ella nuestra lengua más perfección que en otra parte», es pura invención y fantasía. Toledo, no obstante todo lo que haya de cierto en el comentario del culto cervantista, presumía por los años de Isabel «en esto del hablar pulido», que decía Sancho.

Gracián parece burlarse de esta presunción: «En otras partes tienen el ingenio en las manos, aquí en el pico. Si bien censuraron algunos que sin fondo y que se conocen pocos ingenios toledanos de profundidad y de sustancia... Más dice aquí una mujer en una palabra que en Atenas un filósofo en todo un libro». Burla o elogio, «Toledo — dice don Ramón Menéndez Pidal — era desde reconocida de la cultura desde los tiempos visigodos: desde el siglo XII, en que la escuela de los traductores toledanos renovó la escolástica europea; desde el siglo XIII en que Alfonso el Sabio tuvo en aquella ciudad su academia científica. No es de extrañar que la misma reina católica se sintiese bajo el peso de esa cultura».

Pero se vé que no quiso tomar lecciones de bien decir entre las damas toledanas, sino en el habla del arte, en la misma fuente del idioma, y que esto lo procuró con el estudio de la lengua latina y de «otros lenguajes», que ya dominaba, si se ha de creer a Pérez del Pulgar en la Letra XI de su EPISTOLARIO. Y no solo alejó de sí la reina su necesidad estudiando, sino que con su ejemplo, aficionáronse al estudio sus hijos, la corte y el pueblo. Beatriz Galindo fué su maestra. Discípulo del humanista Vidal de Noya fué Don Fernando. Discípulas de los hermanos Antonio y Alejandro Geraldino fueron las infantas. El Príncipe Don Juan recibió lecciones de Fray Diego de Deza. Surgieron los grandes Mecenas de las letras: el Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza; el arzobispo de Santiago, don Alonso de Fonseca; el creador de la Universidad de Alcalá, Fray Francisco Jiménez de Cisneros. Así es que Juan de Lucena, en su célebre epístola pudo decir: «Jugaba el rey, eran todos tahures; estudia la reina, somos agora estudiantes».

Otra cita del Padre Gracián en la Tercera Parte de EL CRITICON, crisis X, nos recuerda la vida de Isabel, nunca incompatible con los

quehaceres domésticos, y por asociación de ideas, su actividad reformadora—a todo atendía—, con la rueca y la aguja, que más tarde había de imitar para la reformación del Carmen la inefable Teresa de Jesús. Laméntase Critilo de haberle tocado vivir en una época, no de felicidades, sino de calamidades, pues «para él se hicieron las penas y para otros los contentos», pero le queda aún la esperanza de que «volverá a ser la virtud estimada, la sabiduría a estar muy válida, la verdad amada y todo lo bueno en su triunfo». Y Critilo suspira así, al oírle: «¡Oh, quién viera aquellos hombres con sus sayos y aquellas mujeres con sus cofias y ruecas, que desde que se arrimaron los husos, no se usa cosa buena! ¿Cuándo volverá la reina Doña Isabel la Católica a enviar recados:—Decidle a Doña Fulana que se venga esta tarde a pasarla conmigo y que se traiga su rueca, y a la condesa que venga con su almohadilla?»

Alabada fuè siempre la corte de los Reyes Católicos por su austeridad y sencillez. Con razón observa Antonio Ballesteros que «el sostener guerras de conquista, como las de Granada y Nápoles, y descubrir un nuevo mundo, debía responder a una economía cuidada y ejemplar». Quien era tan minuciosa, como albacea, para tomar las cuentas a los criados del gran Cadernal, ¡qué cuidado no pondría en la administración de los bienes de la Corona y del reino! Ello no obstante, limpias están las manos de Isabel de toda codicia por acrecentar su patrimonio. Pecado fuera lo uno y lo otro, que todo es codicia, y no salva el acogerse al socorrido celo de la pública prosperidad y bien común, con que se han justificado y se justifican tantas ambiciones y vanidades y locuras. ¿A qué vaciar los bolsillos privados para llenar las arcas comunes?

Otro contemporáneo de Gracián, Quevedo, nos llevaría por este camino al Pozo de Jacob, para enseñarnos, a medida que Jesús dialoga con la Samaritana, cómo los reyes han de pedir, no solo para dar, sino dando; pero mejor es, para el caso, recordar al caballero Alvaro Yañez, de Lugo, a quien Isabel mandó degollar, ordenando que su cuantiosísima hacienda en vez de pasar por derecho a la Corona pasase por gracia a los hijos del ajusticiado y así nadie pensara que «movida por codicia había mandado hacer aquella justicia». ¿Qué decir de sus galas y vestidos?

Sabido es que el rey no se puso camisa que no estuviera hilada y cosida por la reina. En carta que ésta escribe a su confesor, Fray Hernando de Talavera, critica el lujo de caballeros y damas, después de deshacer la falsa información que aquél tenía de los vestidos usados por la reina. «Los trajes nuevos— dice — ni los hubo en mi ni en mis

dueñas, ni aun vestidos nuevos, que todo lo que allí vestí, había vestido desde que estamos en Aragón, y aquello mismo me habían visto los otros franceses. Sólo un vestido hice de seda, y con tres marcos de oro, el más llano que pude, ésta fué toda mi flesta».

No podía conducirse de otro modo quien para contener las demasias de sus vasallos en adornos, despilfarro en bautizos, bodas y entierros, denunciaba en la pragmática de 1494 que «nuestros súbditos naturales se han desmedido y desordenado en sus ropas e trajes e guardaciones e jaeces, no midiendo sus gastos cada uno con su estado ni con su manera de vivir, de lo cual ha resultado que muchos, por cumplir en esto sus apetitos e presunciones malbaratan sus rentas». Y en la pragmática de 1502 prohibía ciertas prodigalidades en los entierros, «ca solamente fueron inventadas estas muestras de dolores por las gentes que no creían haber resurrección general e que las ánimas morían con los cuerpos, e así estas cosas de flaqueza e actos doloricosos fueron fallados solamente para solaz de los vivos», frase esta última de San Agustín, cuyas principales obras figuran entre los libros particulares de la reina Isabel. Como se ve, las malas costumbres se agazapan en los rincones oscuros de la historia y vuelvan a saltar la valla de lo prohibido, cuando duermen las guardias de los decretos.

Bordaba primorosamente la reina Isabel y se complacía en enviar vestidos por ella bordados a las damas que recíprocamente la regalaban y servían. El Padre Flórez escribe haber leído una carta de la reina, cuyo texto en parte reproduce: «Decid a Doña Luisa que, porque vengo de Galicia deshecha de vestidos, que no le envíe para su hermana; que no tengo agora cosa buena; más que yo se lo enviaré presto bueno». Cedamos una vez más la palabra a Mercedes Gaibrois de Ballesteros: «Con razón cierto extranjero—dice—, al ver a Isabel con la rueca, se admiraba de que tuviera tiempo para tan diversas ocupaciones. Labor de sus manos fué el velo que regaló para el Santo Sepulcro a dos religiosos venidos en la embajada del Soldán de Egipto... También sabemos que, cuando se propuso reorganizar la vida monástica, en vez de acudir a medios autoritarios, anunciaba su visita al convento e iba con *labor de hilar o de gancho* y, reunida con las monjas, dulcemente las convencía, hasta que se volvieron a observar las olvidadas reglas».

Ante esta forma insólita de reformatión y enseñanza, deja Prescott que su pluma se lance en vuelo de elogio: «Las medidas adoptadas por Doña Isabel llevaron siempre el sello de aquel buen juicio práctica, sin el cual los más brillantes talentos pueden ocasionar más desgracias que beneficios a la humanidad. Aunque empeñada en reformas durante su vida entera, no tuvo ninguno de aquellos defectos que

tan comunes son a los reformadores; sus proyectos, aunque vastos, nunca fueron visionarios». De cuán necesaria fuera esta reforma, sobre todo en las órdenes religiosas del llamado clero regular, nos avisa el Cartujano, al advertir que apenas quedaba en ellas alguna «huella imperceptible de sus bienaventurados fundadores». Ni tenía por qué el Arzobispo Carrillo, al saber el fracaso de la jornada de Toro, haber dicho tan jactancioso como despechado: «Yo he sacado a Isabel de hilar y la enviaré a tomar otra vez la rueca». Ni la rueca ni el cetro dejó Isabel de sus manos.

Vuelvo de nuevo, por último, al CRITICON del Padré Gracián, Parte II, Crisis II, en la que se dice con la precisión y laconismo tan habituales en el escritor: «Siempre lo han sido — plumas de fénix — las Isabeles de España, con excepción de la singularidad». Tres Isabeles tenía Gracián en su pensamiento, al escribir que siempre han sido plumas de fénix las Isabeles de España. ¿Quiénes fueron éstas? Dígalo Gregorio Marañón con su pulcritud literaria. «Fué la prima Doña Isabel de Castilla, la de Don Fernando, la de Cisneros y Colón, la que dió al mundo una visión profética de la Historia. La segunda fué aquella divina emperatriz, que vemos retratada con su belleza trasparente y melancólica, de marfil vivo, en el lienzo de Tiziano, que, ya en Yuste, hacía traer ante sus ojos fatigados de todas las grandezas humanas, el gran emperador. La que con un gesto de sus labios del color de las rosas de otoño, sometía a su dulce voluntad el ímpetu de león de Carlos V, el señor más poderoso de la tierra. Aquella que en plena juventud y en plena gloria se convirtió, porque Dios lo quiso, en montón de gusanos, acaso solo para que el alma del Duque de Gandía encontrara el camino de la santidad... La tercera fué Isabel de Borbón, la princesita de los ojos negros que en su paso hacia Madrid por los caminos burgaleses contempló con asombro los desfiladeros temerosos de Pancorvo, que había de inspirar a Gustavo Doré los motivos para sus paisajes del *Infierno* de Dante; las torres caladas de Cartagena y Acuña, que más de una vez recordaría con la fastuosidad y la pompa de su recibimiento en la catedral de Burgos; los palacios de Lerma, visión anticipada de los que en Madrid abrían sus puertas majestuosas y señoriales para hospedar a los futuros reyes; la mujer llena de gracia y la reina llena de sufrimiento; por quien, en vida, gritaban las gentes, al verla pasar: ¡Es la tercera gran Isabel de España!; y en cuya muerte lloraban — dice Flórez — en Madrid hombres y mujeres, sin encontrar consuelo, porque cada uno había perdido en Doña Isabel a una madre».

De las tres Isabeles, una singular, por excepción, la primera, aquella que indiscutiblemente sería la madre de España, si las naciones tu-

vieran madre, a decir de César Silió. Y de América, a mi modesto pensar. Y... no me atrevo a decirlo. Pero ¿sería aventurado adivinar en la última voluntad de Isabel la Católica como un temblor inicial de concepción materna hacia un futuro alumbramiento de África a la luz de la fe, a la vida de la cristiandad? Nunca he podido leer su testamento, sin ponerme instintivamente de pie. Suena en los labios cada cláusula como una secuencia de santo evangelio. Las flechas de sus ojos clavados tan insistentemente en Gibraltar ¿no piden una mano que las tense, como en arco de imperio, proyectadas en vuelo de buena nueva hacia el suelo africano? Su albacea mayor, Jiménez de Cisneros, inicia el cumplimiento de la regia voluntad evangélica con la conquista de Orán. Siguenle Carlos Quinto y Felipe II, todos y solos los reyes que reinan y gobiernan, porque saben, porque quieren reinar y gobernar, sin compartir el poder con uno, ni con varios, ni con muchos, ellos solos, los de la monarquía ideal, que es, en frase de un moderno escritor, como la del sol en el cielo, su luz iluminando todo, absolutamente todo. Pero el silencio precursor de la catástrofe, la catástrofe misma y la calma nerviosa que necesariamente sigue a toda decadencia o derrumbamiento imperial ahogaron, durante siglos, la voz redentora de Isabel en la conciencia adormecida de España. Menester es acercarnos a los siglos XIX y XX ¡quién lo creyera! para que Donoso Cortés nos recuerde que, allende el Mediterráneo, está nuestra política, la de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II; para que Joaquín Costa nos advierta que «Marruecos cumplió en la Edad Media el destino providencial de fundar una civilización en nuestra península y España tiene en la Edad Moderna la misión providencial de promover una civilización en Marruecos»; para que el tribuno Vázquez de Mella nos repita machaconamente: «El Estrecho de Gibraltar es el punto central del planeta y allí está escrito todo nuestro programa internacional... Une tres continentes; une y relaciona el continente africano con el continente europeo; es el cauce por donde pasa toda la gran corriente asiática y donde viene a comunicarse con las naciones mediterráneas toda la gran corriente americana». Pero estas voces aisladas, apenas apercibidas en el caos, no son de albricias por el dracma hallado, sino de lamentación y pesar por el dracma perdido. ¡Ah! Volviendo a la reina moribunda— hoy hace 447 años entraba en agonía—, pensemos: Consumada la redención peninsular, incohada la redención de América, ¿por qué no adivinar en los ojos de Isabel, de cara a la muerte y a la inmortalidad, como un presentimiento de redención africana?

Lo que en otras cláusulas es ruego en ésta es mandato: «Mandó a la dicha princesa mi hija, e al dicho príncipe su marido, e a los reyes que

después dellos sucederán en estos mis reinos, que siempre tengan en la corona e patrimonio real dellos, la dicha cibdad de Gibraltar, con todo lo que le pertenece, e no lo den ni enagenen, ni consientan dar ni enagenar, cosa alguna della». ¿Para qué tan solemne mandato y en términos tan categóricos, sino para una misión trascendental? ¿Va, por ventura, implícita esta misión en aquella otra cláusula: «e que no cesen de la conquista de Africa e de pugnar por la fe contra los infieles». Tal vez el alma de Teresa niña, diecisiete años más tarde, se moviera a impulsos de la voluntad misionera de Isabel, cuando concierta con su hermanito Rodrigo «irnos a tierra de moros... para que allí nos descazasen».

¡Con excepción de la singularidad! La novedad de la expresión—cinco palabras condensan toda una biblioteca de volúmenes escritos en alabanza de Isabel—renueva en la memoria el antiguo texto de Pedro Mártir de Anglería, cuando aun caliente el cadáver de la reina, escribía en el castillo de la Mota: «No sé que haya habido heroína en el mundo, ni en los antiguos ni en los modernos tiempos, que merezca ponerse en cotejo con esta admirable mujer... Ha perdido el mundo su más precioso ornamento». Las palabras del cronista no han perdido actualidad. Varios siglos ha que se pronuncian y pueden repetirse como nuevas hoy. Todavía no ha podido la historia universal ofrecernos una reina ni superior ni igual a Isabel. Verdaderamente, señores, que Isabel no nació para un rincón, sino que su patria es el universo, o no fuera la Católica, ni la Reina predestinada por Dios para ser históricamente la avanzada de Roma, desplegado a todos los vientos su pendón de Castilla ecuménico, universal.

Recordaré, para terminar, un anécdota infantil. Examinábase un alumno de Gramática Española, a quien el profesor mandó declinar ISABEL LA CATOLICA. Hízolo el alumno en el número singular. Más, como no siguiera, díjole el profesor:—Siga usted, número plural.—Y el alumno contestó muy convencido:—Isabel la Católica no tiene plural.—Estoy seguro que Gracián hiciera que lo que el profesor: dar al alumno sobresaliente.

BONIFACIO ZAMORA